

# NASSER Y EL TERCER MUNDO

Por **EDUARDO HARO TEGGLEN**

**L**OS cinco días de Nasser en Moscú preceden, en muy poco tiempo, a una serie de conferencias de países del «tercer mundo»: la de Casablanca, de países árabes; la de Accra, entre países africanos, y la de Argel, de países afroasiáticos —que fue suspendida por el golpe de Estado que hizo desaparecer a Ben Bella—. Hay indicios de que Nasser va a extremar, a radicalizar su política. Es, en el fondo, la única política que le queda por hacer si quiere romper el cerco, si quiere sobrevivir. El final de la guerra del Yemen se asemeja mucho a una derrota para Egipto: al mismo tiempo, le proporciona una serie de posiciones ventajosas que no dejará de explotar. Nasser se comprometió con toda su fuerza en el mantenimiento del régimen republicano del Yemen, que surgió de un golpe de Estado como una reacción contra la larga noche de un feudalismo sin límites; el nuevo régimen recibió ayuda no sólo de sus vecinos árabes, no sólo de la U. R. S. S. y de China, sino también de los Estados Unidos —los Estados Unidos de Kennedy—, que se apresuraron a reconocer el nuevo régimen. Sólo la Gran Bretaña mantuvo una actitud hostil, por temor al asalto inmediato de sus emiratos petroleros; encontró ayuda en la Arabia Saudita, que veía con horror aproximarse a sus fronteras la ola republicana que derribaba los tronos de las viejas monarquías árabes —y, a veces, las cabezas de los monarcas— y apoyaron las guerrillas constituidas en la montaña por el Imán el Badr, que apenas había tenido tiempo de reinar durante una semana en el palacio de Sanaa —a la muerte de su padre— cuando fue derribado por el golpe de Estado del coronel Sallal. Fortalecidas por los soldados de Arabia Saudita, por el dinero de los protectorados británicos, por las armas británicas, estas guerrillas fueron creciendo en intensidad y en capacidad guerrera y Nasser llegó a comprometer en la lucha, del lado republicano, una

cantidad importante de soldados y de material. Varias veces, en estos últimos tres años, se anunció la derrota definitiva de las guerrillas y la fuga del Imán a Arabia Saudita; pero la verdad es que las guerrillas siempre renacían y que su espera y su lucha recibieron, al fin, una ayuda sustancial y definitiva: la muerte de Kennedy y la nueva política de Estados Unidos con Johnson, especialmente tras las elecciones presidenciales, cambiaron la situación. Los consejeros políticos y estratégicos de Johnson han llegado a la conclusión de que Nasser era el principal enemigo en el llamado «tercer mundo», y entre la serie de acciones emprendidas para su cerco, una de ellas, quizá la más importante, fue la del fortalecimiento de las guerrillas del Imán. Es fácil ver en los últimos acontecimientos del mundo árabe, de Oriente Medio, el cierre del cerco contra Nasser por parte de los Estados Unidos: el rearme de Israel por parte de Alemania —y el establecimiento de relaciones diplomáticas entre esos dos países—; la defección de Túnez de la Liga Árabe y las declaraciones de Burguiba, favorables a un entendimiento con Israel; el golpe de Estado de Argelia y la desaparición de Ben Bella, que era el mejor amigo y aliado de Nasser en el mundo árabe, han sido golpes claramente dirigidos contra Nasser y su impacto no ha sido vano: Nasser ha perdido prestigio, ha perdido hegemonía. La necesidad de terminar sin victoria la guerra del Yemen aumenta esa sensación de derrota.

Pero, como antes dije, la nueva situación no dejará de proporcionar ventajas a Nasser, que es un político lo suficientemente hábil

El presidente de la República Árabe Unida, Gamal Abdel Nasser, a su llegada a Moscú, en cuyo aeropuerto fue recibido por el presidente de la U.R.S.S., Anastas Mikoyan; el primer ministro, Kosygin, y el secretario del partido comunista, Breznev. Se cree que Nasser discutió con ellos un plan de paz para el Vietnam.



como para explotarla. En primer lugar, el final de la guerra le supone un ahorro de un millón de dólares diarios, gasto realmente impresionante para un país que no ha podido salir de la pobreza. En segundo lugar, podrá recuperar los sesenta mil soldados que tenía estacionados en el Yemen, con lo cual su ejército estaba menguado, y detener el chorro de sangre que le estaba costando esa guerra: se dice que en los tres años de lucha han muerto unos veinticinco mil egipcios, o han sido gravemente heridos. Desde el punto de vista político, Nasser podrá explotar la idea de que ha sido capaz de ceder para restaurar la unidad árabe, para evitar que sigan luchando árabes contra árabes; y es de suponer que la conferencia de Jefes de Estado en Casablanca y que la reunión afroasiática de Argel exalten este gesto. Finalmente, las esperanzas de ver instalado un régimen republicano en el Yemen no se han perdido. El pueblo yemenita tendrá ocasión de elegir por sí mismo, en un referéndum que se celebrará en octubre del año próximo —un mes después de la fecha prevista para la retirada de las tropas egipcias—, y es muy posible que si se le da ocasión de expresarse libremente elija el régimen republicano.

Puede imaginarse que el final de la guerra del Yemen va a marcar una nueva etapa en la política de Oriente Medio; y que Nasser, como antes dije, va a tratar de aprovechar este respiro para reconquistar el «tercer mundo», que actualmente se ha quedado sin líder. Se ha rumoreado mucho estos días por las capitales árabes que Nasser, después de su viaje a Moscú, va a intentar tener una serie de conversaciones con De Gaulle, en París. De Gaulle se ha ido convirtiendo en el único apoyo sólido que los países y los pueblos del «tercer mundo» encuentran en Occidente, hasta el punto de que se había pensado en pedirle que asistiera, como invitado de honor, a la conferencia afroasiática de Argel. En Moscú y en París, Nasser puede obtener ayudas morales, militares y económicas, para su nuevo intento de rehacer el «tercer mundo», para enfrentarse con los Estados Unidos, que es la única política que puede realizar desde el momento en que los Estados Unidos se han enfrentado a él con todo su peso y sin dejarle un instante de respiro.

**U**N paso trascendental en esta política de radicalización ha sido la reunión en El Cairo —uno y dos de septiembre— de un comité encargado de preparar una conferencia del «tercer mundo», que va a reunirse en La Habana el mes de enero del año próximo. Esta conferencia tiene un interés excepcional, puesto que por primera vez va a reunir en dosis iguales a pueblos de los tres continentes subdesarrollados: África, Asia y América Hispana. Es un contrapeso popular a la conferencia afroasiática de Argel. En la conferencia afroasiática de Argel estarán presentes los Jefes de Estado, los ministros de Asuntos Exteriores de los países del «tercer mundo». Muchos de estos Gobiernos no responden hoy a las aspiraciones de sus pueblos: unos están alienados por el neocolonialismo americano, otros representan unas nuevas clases dirigentes que se apoderaron del poder a raíz de las independencias, o que fueron cuidadosamente encargados de ese poder por los últimos manejos de las potencias ocupantes que se retiraban. Para muchos países afroasiáticos, las independencias han sido una decepción, en el sentido de que no se ha aplacado su hambre, no se han establecido regímenes más justos que los coloniales, no se han restaurado las economías creadas por la antigua metrópoli. La reunión de La Habana, en cambio, trata de reunir representantes de los movimientos populares de esos países: es, en pocas palabras, una conferencia de la oposición, o de las oposiciones revolucionarias. En el comité preparatorio de El Cairo, estuvieron presentes los «movimientos populares» de Argelia, Guinea, Ghana, Tanzania y África del Sur, por parte de África; China, U. R. S. S., Japón, Indonesia, India y Vietnam, por Asia; y Cuba, Venezuela, Méjico, Chile, Uruguay y Guatemala, por Hispanoamérica. Esta conferencia tiene un precedente en la llamada «de solidaridad afroasiática», que se celebró en El Cairo a finales de 1957 y que reunió a cuarenta y siete delegaciones populares, de la cual surgió un «Consejo de Solidaridad de los pueblos de África y de Asia», con un programa regular de reuniones anuales. La importancia de la conferencia de La Habana es que, por primera vez, se incorporan países de Hispanoamérica. Y también que esta vez, según parece, no se ha planteado la rivalidad entre la U. R. S. S. y China. La U. R. S. S. envió a El Cairo a Sofranov, presidente del comité soviético afroasiático, y China a Chu se-Ze, que ha sido varias veces representante de su país en conferencias de «tercer mundo». Cuba estaba representada por su ministro de Educación Nacional.

Este comité ha preparado un orden del día básico de esa reunión. Su temario no ofrece sorpresa: lucha antiimperialista, recuperación de independencias alienadas, restauración de economías, cooperación económica, creación de un secretariado permanente para



El presidente Nasser conversando con el Rey Faisal, de la Arabia Saudí. Esta entrevista produjo un plan de paz para el ya largo conflicto del Yemen.

enfrentarse con los problemas de urgencia. Son los temas concretos de lucha que estos países se plantean desde hace años. Pero hay tres nombres propios, tres nombres de países, que, sin duda, constituirán la parte explosiva de la reunión: Vietnam, Santo Domingo, Congo. Si estos temas no dejaron de ser tratados en la conferencia gubernamental de Argel, sin duda, el tono será moderado, y consistirá en una oferta de mediación. En la conferencia de La Habana, en cambio, los términos serán indudablemente violentos, abiertamente condenatorios para la política intervencionista americana. Es indudable que esta conferencia no puede adoptar resoluciones ejecutivas, puesto que la mayor parte de sus representantes no están en el poder en sus países; pero sus resoluciones presionarán sobre los Gobiernos correspondientes.

**A**SISTIRA Nasser a la reunión de La Habana? Legalmente puede hacerlo, puesto que si es jefe de un Estado, es al mismo tiempo presidente de un partido, y su capital es la creadora de esta reunión. Si lo hiciera, sería, indudablemente, el personaje principal de la conferencia y concretaría ya de una manera irreversible la recogida del desafío de los Estados Unidos. Pero, al mismo tiempo, en tanto que Jefe de Estado de la RAU, se encontraría en posición difícil con respecto a los países árabes y africanos que se encuentren desbordados en dicha conferencia por sus movimientos de oposición, y que acusarían entonces a Nasser de preparar movimientos subversivos, de proteger a los revolucionarios, muchos de los cuales están condenados a muerte en sus países y viven en el exilio. El comité preparatorio de las diecinueve naciones antes enumeradas está hábilmente dosificado para evitar la presencia en El Cairo, en una mesa oficial de conferencias, de personajes considerados como peligrosos. En La Habana esta presencia no solamente no se podrá evitar, sino que será buscada y deseada. Es posible que Nasser no tenga la decisión suficiente como para iniciar esa política de radicalización de una forma tan espectacular. A menos que el cerco sea tan poderoso que ya no le quede otra salida. La situación tiene un precedente histórico: Fidel Castro, que probablemente hubiese tomado posiciones más moderadas, menos extremistas, si el cerco de los Estados Unidos y la amenaza continua no hubiese sido tan dura, si le hubiese dejado otras salidas.